

JORDI SERRA

**F**RANCIS FUKUYAMA ESCRIBÍA EN 1992 “EL FIN DE LA HISTORIA Y el último hombre”, donde exponía que la lucha de las ideologías había acabado y solo el liberalismo (o quizás deberíamos decir el neoliberalismo) permanecía imbatido e incontestado. Efectivamente, la caída del muro y el hundimiento de la URSS dejaban a los Estados Unidos de América como nuevo y único hiperpoder generando un contexto geopolítico que nadie había previsto y que hacía falta examinar y entender. En esta situación, no ha de sorprender que la tesis de Fukuyama fuese abrazada por el movimiento neoconservador ya que les daba legitimación teórica. Les confirmaba que estaban ante su gran momento: una oportunidad histórica para propagar (a sangre y fuego si fuera necesario) su visión del mundo. Con todo, los neocon acabaron cayendo en la misma trampa que el comunismo: anteponer la ideología a la realidad. Pero la realidad es tozuda y acaba imponiéndose; ahora mismo, la situación avanza hacia un mundo policéntrico que no

## *¿Crisis de paradigmas?*

### *¿Qué crisis?*

encaja con la visión de Fukuyama del 92 (aunque se ha de admitir que el propio Fukuyama ha cambiado su posicionamiento lo largo de estos años). Incluso la misma CIA en su último informe de tendencias lo constata reconociendo que la supremacía americana ya no será tal. Por tanto, todo señala que es momento de buscar nuevos paradigmas.

La cuestión a formularnos ahora es si la idea de paradigma está en crisis. Es decir, una vez visto el duro contexto económico, social y político en el que nos estamos adentrando, ¿nos podemos permitir malgastar recursos en pensar o construir un nuevo paradigma? Esta pregunta es capciosa; siempre hay (y habrá) uno. Nuestra manera de mirar el mundo y la realidad es inseparable del paradigma que usamos para entender lo que miramos. La propia definición de lo que se considera como realidad es una cuestión política íntimamente vinculada al paradigma que usemos. Por tanto, al final no se tratará de querer construir (o no) uno nuevo, mas bien, la incógnita se reduce a si se quiere explicitar (o no) este paradigma. Este es el verdadero quid del tema: descubrir lo que

no siempre se quiere mostrar.

Dicho de otra forma, decidir si las reticencias a explorar nuevos paradigmas son el resultado del deseo de mantener o impulsar otros deviene una pregunta fundamental. No se trata únicamente de intentar mantener un mínimo de honestidad intelectual; es una condición necesaria para poner en marcha una indagación del futuro mínimamente seria. Una de las pocas certezas que ofrece la prospectiva es que, cualquier análisis sobre el futuro con un mínimo de rigor, ha de empezar cuestionando la realidad presente. La razón es sencilla: el presente es una trampa que condiciona nuestra manera de ver el futuro, lo limita y pasa a ser el criterio para juzgarlo, lo que es un grave error. Hace falta darse cuenta de que continuamente estamos viviendo en situaciones que, previamente, se han considerado como improbables (o imposibles). Si alguna cosa hemos aprendido en prospectiva es que el futuro menos probable es aquel en el que nada cambia. Se ha de aceptar que lo inesperado acaba sucediendo, pero nos podemos preparar desarrollando futuros alternativos.

JORDI SERRA

Pensemos entonces en contextos diversos que den lugar a diferentes tipos de paradigmas en el futuro.

De entrada hace falta darse cuenta que los paradigmas actuales no desaparecerán o al menos no lo harán de golpe. Es más, es muy probable que asistamos a un rearme teórico de paradigmas vigentes en la actualidad. La última reunión del G-20 (y dos) es un buen ejemplo: la declaración del presidente Bush afirmando que la mejor solución a la crisis actual es el retorno a la ortodoxia liberal-capitalista provoca una cierta perplejidad. Al menos plantea el interrogante sobre en qué momento nos alejamos y, segundo, de qué manera puede algo (la libertad de mercado, por ejemplo) que ha sido parte del problema pasar a ser parte de la solución; ¡más allá de realizar un acto de fe claro! Pero sería injusto atacar solo al liberalismo, lo mismo se puede decir de todas las grandes ideologías de la modernidad: nacionalismo, comunismo, fascismo, etc.; allí donde permanecen han pasado a ser una especie de dinosaurios teóricos que no admiten ninguna forma de oposición. Claro que, los dinosaurios más grandes surgieron justo antes de extinguirse...

Por tanto, en primer lugar, se puede pensar en un escenario de transición, donde lo viejo aún permanece y lo nuevo no acaba de consolidarse. Sería un escenario donde los diversos paradigmas, los antiguos y los emergentes, competirían y se solaparían en lugares y momentos diferentes. Sería una situación bastante fluida sin predominios claros o generalizados y sometidos a continuos cambios coyunturales. Para mucha gente esta movilidad sería motivo de angustia y, en algunos casos provocaría inseguridad y falta de decisión; en otros, podría desembocar en una radicalización de las posturas buscando en el dogmatismo la certeza que la coyuntura les niega. Con todo, sería erróneo pensar que este es un escenario negativo, las crisis se convierten en impor-

tantes motores de creatividad e innovación; hay que pensar pues, que este tipo de contexto podría propiciar la emergencia (y/o la consolidación) de nuevos paradigmas que ensanchen y enriquezcan nuestra visión del mundo.

Un segundo escenario podría ser el resultado del fracaso de la humanidad en superar los retos que plantea el presente y, como consecuencia, sufre una fuerte involución. Si se piensa, no cuesta darse cuenta de la inherente fragilidad de los sistemas en que vivimos: una determinada combinación de factores económicos, ambientales y sociales podría ser suficiente para colapsar nuestra civilización. Dado nuestro historial, no es descabellado aventurar que una conjunción de este tipo podría exacerbar nuestra

tendencia a la violencia generando o agravando toda una gama de conflictos armados. Escalando a un conflicto planetario, en el peor supuesto pero, incluso, manteniéndose en una serie de conflictos menores en suficientes lugares del planeta, también tendrían efectos devastadores. Sin llegar a posicionamientos apocalípticos (posibles, por otro lado) se puede pensar que una coyuntura de este tipo tendría un coste en vidas humanas altísimo, sobretodo por los efectos indirectos (destrucción de recursos, grandes desplazamientos, empeoramiento de las condiciones de vida, etc.). Sea como sea, este escenario plantea un desafío mucho más simple que la búsqueda del paradigma predominante: la supervivencia. En un contexto de endurecimiento de las condiciones de vida, es plausible el retorno a modelos que, históricamente, han sido exitosos: formación de comunidades numéricamente más pequeñas pero mucho más cohesionadas por vínculos de sangre o etnia; la supremacía de las capacidades y habilidades por encima del conocimiento puramente teórico; el retorno a la distribución de tareas por razón de género; caída de la tolerancia a la disidencia; en resumen, la

***“La cuestión primordial no es acertar que puede suceder, sino considerar las alternativas ...”***

JORDI SERRA

supremacía de la fuerza por encima de la razón. Digamos que, en este escenario nadie se podrá dedicar a definir o explicitar el paradigma dominante. Pero es posible que, en pequeños núcleos más o menos autárquicos, se encontrara la manera de conservar y preservar el conocimiento acumulado. Sea como sea, este no es el escenario que contemple las mejores condiciones para el desarrollo intelectual.

El rasgo distintivo del tercer escenario sería que sus paradigmas están fundamentados en sistemas de valores o creencias específicas. Hablaríamos de paradigmas que se basan más en el acuerdo, la aceptación o la fe de sus seguidores que no en un razonamiento argumentado. De hecho, ya se ha dicho, todo paradigma contiene una dosis de ideología, de construcción teórica para interpretar la realidad; lo que pasa en este escenario es que el porcentaje de interpretación supera, en mucho, el de descripción. Hablando claro, éste sería el escenario dominado por sistemas de creencias, religiones y fes que permitiesen dar sentido a lo que se percibe como una realidad caótica e incierta. Si se acepta que podemos estar en un momento transicional, entonces no se puede descartar que una vía de salida a esta situación sea la búsqueda de sistemas de valores (heterónomos). Estos paradigmas permitirían substituir la interrogación y la discusión, actividades que comportan una dosis nada despreciable de angustia, por la adhesión al dogma que aporta mayores cotas de certeza y fiabilidad (aunque a menudo a costa de la propia autonomía). Por tanto, este escenario asistiría a la expansión de nuevos fundamentalismos religiosos, ecológicos, políticos o económicos que, con indumentarias teóricas más o menos elaboradas, tendrían un solo punto en común: que Dios, la biosfera, la nación, el libre mercado, Maradona, el Ford T o lo que sea, son supremos y la vida cotidiana se ha de organizar en coherencia con esta verdad aprendida, revelada o adquirida. Obviamente, este escenario no sería el más favorable al progreso teórico, pero seguramente sería bastante reconfortante para muchas personas.

El cuarto escenario nos plantea el reto de determinar si el paradigma, o el hecho de usarlos (o necesitarlos) es una característica específica humana. Dicho de otra forma, ¿los seres post-humanos usarán paradigmas? Pensemos en seres no basados en carbono, con sistemas evolucionados de inteligencia artificial y formas mecánicas, digitales o híbridas. Seres capaces de ocupar biotopos que ahora nos re-

sultan hostiles (el espacio, el fondo del mar, el ciberespacio); seres termodinámicamente más estables<sup>1</sup>. Seres más racionales y eficientes no condicionados por los errores del diseño evolutivo. ¿Qué tipo de paradigmas podrían llegar a crear o usar estos seres? ¿Crearán paradigmas cuánticos? Sólo podemos estar razonablemente seguros de una cosa, serán muy diferentes de los nuestros. Pero, ¿podemos pensar qué consecuencias puede tener la emergencia de estos seres en la raza humana? ¿Nos sustituirán? ¿Dispararán un nuevo salto evolutivo en nosotros? ¿O serán una raza híbrida resultado de integrar tecnología en nuestro fenotipo (y genotipo)? Este es el escenario que permite las elucubraciones más atrevidas.

Lo que acabe pasando seguramente será una combinación de todos estos escenarios. La cuestión primordial no es acertar que puede suceder, sino considerar las alternativas y tomar las decisiones para avanzar hacia aquel escenario que, colectivamente, se considere más deseable. No hacerlo equivale a limitarse a reaccionar ante aquello que sobrevenga. Pero claro, quizás esto también es parte del paradigma dominante.

---

<sup>1</sup>La segunda ley de la entropía establece que todo sistema dado y cerrado tiende hacia la homogeneización y aleatoriedad en un estado de equilibrio térmico y químico; pero los sistemas vivos son negentrópicos, son capaces de contradecir la segunda ley a costa de tener un coste energético muy alto, por eso han de estar captando energía libre continuamente. Un ser post-humano químicamente más estable y capaz de funcionar cerca del cero absoluto sería energéticamente menos costoso, más en consonancia con la segunda ley y, por tanto, potencialmente mucho más duradero que los sistemas vivos actuales.

---

JORDI SERRA DEL PINO ES PROSPECTIVISTA Y DIRECTOR DE PERISCOPI DE PROSPECTIVA Y ESTRATEGIA. ACTUALMENTE, ES MIEMBRO DE LA JUNTA EJECUTIVA Y VICEPRESIDENTE DEL CAPÍTULO IBEROAMERICANO DE LA WORLD FUTURES STUDIES FEDERATION. TAMBIÉN ES MIEMBRO DEL CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL DE FUTURES Y DE PROSPECTI...VA. JORDI SERRA ES MIEMBRO FUNDADOR DEL GRIUB (GRUP DE RECERCA EN INTEL·LIGÈNCIA UNIVERSITAT DE BARCELONA).

JORDI.SERRA@PERISCOPI-BCN.COM



*Will Democracy Survive in  
the Globalized Era?*

# Crisis? In change we trust

La seguridad del s. XXI:  
**McGyver  
vs. Goliat**

"La qüestió  
primordial no  
és encertar  
que pot  
succeir, si no  
considerar les  
alternatives..."

Jordi Serra

Ilustración: Fernando Alcázar Zambrano

